

ficamente humanos como el amor (por oposición a la mera sexualidad) o la conciencia. Quisiera volver a ese tema. Recuerdo el título de un libro pequeño que me fascinó como ningún otro en los años de mi madurez, un libro de Sigmund Freud: *Más allá del principio del placer*. Pero precisamente eso fue extinguido lentamente por él y es extinguido hoy por muchos hombres: el que pueda existir algo más allá del principio del placer. Lo más humano que hay se extingue lentamente: la conciencia. Es nuestro órgano del sentido, que nos lleva allí donde están nuestras posibilidades de sentido que esperan ser realizadas por nosotros, convertidas en hechos.

Más allá del principio del placer existe el principio del sentido, y sólo éste es humano. Sólo el sentido responde a nuestra dignidad humana inajenable.

La vida en la vejez no debe ser una vida más allá del principio del placer: puede ser una vida de una suave alegría, de maduro juicio interior e inspirada satisfacción. Pero si algún día se extienden sombras que apagan el gozo, sombras como las que arrojan la enfermedad, el abandono o la necesidad de cuidados, entonces sigue existiendo algo más allá del principio del placer, y es el *inajenable sentido de nuestro ser*. Aquí y es el más allá.

III

LA CERA SE CONVIERTE EN LUZ:
MEDITACIÓN ANTE UNA VELA



A MAYORÍA DE NOSOTROS tenemos una vela en casa. Tal vez haya sobrado de la última fiesta de Navidad o estaba de más o no se adecuaba al árbol de Navidad. O tal vez haya quedado guardada una vela fúnebre que espera la festividad de los Fieles Difuntos. Propongo que no utilicemos la vela para la Navidad ni para honrar a los muertos, sino para algo que late entre el nacimiento y la muerte: la vida. Para una meditación sobre la vida. Para ello tomamos la vela y la colocamos sobre la mesa frente a nosotros.

Allí está ahora, nueva, sin uso. Detengámonos un par de minutos para contemplar cuidadosamente. ¿Qué vemos cuando la miramos? Cera, ¿no es cierto? Una gran masa de cera y un pequeño trozo de pabilo. Casi todo el pabilo es invisible. Sin embargo, el *pabilo* es el que hace que la vela sea una vela. Si no existiera el pabilo dentro de la vela, no estaríamos ante una vela, sino ante una masa de cera.

Las cosas ocurren en forma parecida con el hombre. Cuando miramos a un hombre o nos contemplamos en un espejo, vemos una cantidad de organismo y una pequeña porción de espíritu. Descubrimos la persona espiritual que es el hombre en los rasgos de su rostro, en su mímica y sus gestos, en su conducta y en su modo de hablar, en fin, en todo aquello que se expresa a través de su organismo. Pero casi todo el espíritu es invisible, está detrás o sobre el organismo

como la parte oculta del pabilo en la vela. Y sin embargo es la espiritualidad (antes se decía el alma) del hombre lo que hace que el hombre sea hombre. Sin el espíritu, sólo sería una masa de barro o, al avanzar la evolución, el cuerpo de un animal, pero no una persona; no sería una persona única e irrepetible como lo es cada uno de nosotros.

Volvamos a nuestros pensamientos sobre la vela en la mesa. ¿Qué ocurriría si la encendiéramos ahora? Dejémosla arder y observemos durante un instante qué ocurre allí donde vemos que se encuentra el pabilo. ¿Qué ocurre en la llama y a través de ella? La cera se derrite, la cera se evapora. Por más triste que pueda parecer, la cera se reduce cada vez más desaparece visiblemente. Todavía no ha desaparecido gran parte de la vela, pero la llama la consume inevitablemente, disuelve gota a gota el material sin uso y lo consume.

Lo mismo ocurre con la vida del hombre, una vez que ha sido encendida la llama del espíritu. Todos sabemos que se consume, que va desapareciendo. La sustancia se reduce cada vez más, sobre todo nuestra sustancia orgánica; envejece, pierde vitalidad y capacidad de regeneración, se pierde gota a gota o, mejor dicho, célula por célula. Nuestra vida se consume igual que la cera.

Pero, ¿es posible que se pierda algo en este cosmos poderoso al que pertenecemos? ¿Acaso no es una ley firme de la naturaleza que nos rodea que todas las cosas se transforman de una sustancia en otra y de una forma de manifestación en otra? Fijemos imperturbablemente los ojos en la vela encendida sobre nuestra mesa y reflexionemos: ¿en qué se transforma la cera que se derrite? Por supuesto que conocemos la respuesta: en calor y luz. La sustancia se convierte en función. Más aún: ambas están en relación directa: cuanto más se ha reducido la vela, más tiempo ha iluminado. Cuanta más sustancia ha perdido, más intensamente ha cumplido su función, más intensamente ha irradiado la luz por la cual fue

creada. De repente comprendemos que no hay ninguna razón para lamentar la pérdida de la cera. La cera sólo se habría conservado en una vela que no ardió, que no cumplió su función y su misión, y que por lo tanto fue superflua, inútil, que no irradió calor ni luz, es decir, en una vela muerta. En la vela despertada a la vida por la llama, la cera se convierte en luz.

Esto es lo que quiso significar Frankl cuando escribió, teniendo a la vista al hombre: "Al principio la vida sólo es sustancia, sin usar; con el transcurso del tiempo pierde cada vez más sustancia, se convierte cada vez más en función, y al final sólo consiste en los hechos, experiencias y sufrimientos que el hombre hizo entrar en el tiempo."⁷ Debemos ver un poco más de cerca la expresión *entrar en el tiempo* para entenderla. Entrar en el tiempo quiere decir ubicar un acontecimiento entre los hechos que transcurren en el tiempo. Una vez que se encuentra allí, el acontecimiento fluye junto con la corriente de la historia y desemboca irremisiblemente donde desemboca el tiempo: la verdad eterna.

Antes de encender la vela colocada en nuestra mesa, la luz de esa vela *no* estaba en el tiempo. Todavía no había tenido lugar, no había entrado en la historia. A decir verdad, la sustancia de nuestra vela existía, pero la función de esa vela estaba sin cumplir. También podríamos decir que la vela todavía no tenía sentido. O también podríamos decir que el sentido de la vela todavía no había entrado en el tiempo, todavía no había entrado en la historia.

Pero a partir del momento en que encendimos el pabilo, fue puesta en marcha la función de nuestra vela. Ahora transcurre en el tiempo. Nuestra vela arde prácticamente consumiéndose en el tiempo, arde entrando en el pasado. Y si es

⁷ Viktor E. Frankl, *Ärztliche Seelsorge*, Viena, Franz Deuticke, 10ª edición 1982, pág. 84. Versión en castellano: *Psicoanálisis y existencialismo*, FCE, México, 1978.

peramos el tiempo suficiente, se consumirá toda la cera, se consumirá la sustancia y se apagará la luz de nuestra vela. Sin embargo, seguirá siendo verdad que *esa vela ardió*, digamos 7 u 8 horas, seguirá siendo verdad que en el pasado iluminó nuestra mesa... nada puede perturbar el resplandor de esas horas. A decir verdad, nuestra vela se habrá apagado, pero nunca se apagará el hecho de que haya ardido; lo que ha entrado una vez en el tiempo, se hace eterno.

Paradójicamente se puede decir que en el preciso momento en que la vela al parecer desapareció porque no quedó nada de la cera ni el pabilo, en ese preciso instante cumplió de una vez para siempre su sentido.

Frankl, a quien debemos esta imagen, tal como hemos expresado, nos llevó al conocimiento de que también en la vida humana lo que entró en el tiempo es lo que realmente permanece: los hechos, las experiencias y los sufrimientos, como dice la cita. Lo que hemos hecho, vivido y sufrido mientras se consumía nuestra vida, entra en la verdad, donde queda guardado y protegido de todo daño y destrucción. Incluso cuando nuestro cuerpo envejece y se debilita, lo que hemos realizado con su ayuda permanece eternamente joven, pues la verdad, en la que desemboca el tiempo, es intemporal, sin principio ni fin.

Dediquemos un par de minutos de silencio ante nuestra vela que arde, ahondando este conocimiento. La fórmula fundamental, *la cera se convierte en luz*, debería tomar forma en nuestro interior. La cera que se convierte en luz imperecedera es efímera. ¿Y nosotros? Somos hombres de carne y hueso, a decir verdad, dos materiales muy perecederos. Indaguemos la idea de que también esa sustancia se convierte en función imperecedera: *la fuerza vital se convierte en sentido de la vida*. La fuerza vital que se reduce se convierte en el sentido de la vida cumplido que crece si hacemos lo nuestro. Este pensamiento, ¿no nos produce una sensación agradable y cá-

lida? ¿Es posible que el calor de la meditación ante la vela se traslade a nuestro interior? Preguntémosnos: ¿realmente deberíamos lamentar la pérdida de la cera? ¿No deberíamos alegrarnos por la luz y por haber sido iluminados por la llama de la vela? Si podemos contestar a la primera pregunta con un no y a la segunda con un sí, hemos llegado a ser un poco más sabios.

Antes de seguir, debemos apagar la vela y dejarla enfriar, pues queremos realizar un pequeño experimento, y para eso debemos quebrar la vela. Queremos reflexionar acerca de las cosas quebradas, sobre la fragilidad del ser humano, como dicen los filósofos. De todos modos no necesitamos recurrir a los filósofos para saber de qué se trata. La vida humana tiene puntos frágiles: por todas partes hay quebraduras, pérdidas y está el sentido de la vida equivoocado. Lo hecho, vivido y sufrido que entra en la verdad con la corriente del tiempo, con frecuencia no carece de dolor. Paralelamente tenemos la sustancia orgánica, que todavía debe convertirse en función, más o menos deteriorada en cada hombre, ya sea por heridas corporales o anímicas ocasionadas por nosotros mismos o por otros. Queremos simbolizar esto en la vela quebrada, para lo cual quebramos en su tercio superior la vela que entretanto se ha enfriado en la mesa. Si nos resulta difícil, deberemos utilizar un cuchillo, pero no debemos cortar por completo la vela. Debe seguir siendo una unidad, como lo es el hombre deteriorado o herido.

En cuanto tenemos ante nosotros la vela quebrada y acostada en la mesa, levantamos una de las puntas. ¿Qué observamos? La parte quebrada cuelga, se mueve, se desprenden fragmentos de cera. ¿De qué cuelga la vela? Del pabilo invisible que la recorre. Por lo tanto, no todo está quebrado en la vela, sino sólo la cera: el pabilo sigue sano. ¡Observemos que hemos dado erróneamente el título de *vela quebrada* a nuestra vela después de haberla quebrado! Ahora es una combina-